



## Cuando el Indio no era todavía el Indio

El ya no discutido Emilio Fernández tuvo como todo el mundo en el cine, que aprender a hacerlo.

Una de sus películas de aprendizaje, fechada Dios sabe cuando, fué proyectada el otro día entre nosotros: «La isla de la Pasión».

El film es desorbitado, recargado de algo que quiere ser dureza y no lo es; declamatorio y con un diálogo falto de esencia. Además, mal fotografiado, pese a que la composición de algunas escenas es típica del «indio». Aquí le faltó, substituyendo a Jorge Stahl, el inseparable e insuperable Gabriel Figueroa.

Lo interesante de esta cinta es ver como contiene elementos germinales de otros films posteriores: así, «La Perla», así «Pueblerina», así «Enamorada». Seguramente, cuando hizo esa flojilla «Isla de la Pasión», hervían en la cabeza de Emilio Fernández los grandes momentos de sus obras posteriores. Es curioso poder afirmar que hemos visionado, en la pantalla, los borradores de un gran director. Algo así como si descubriésemos un manuscrito de juventud de Quevedo.

### Sesión Única

Estaría muy bien que por parte de los Sres. empresarios se anunciara una película como de sesión única cuando realmente lo fuera, es decir, cuando al menos hubiese de transcurrir largo tiempo antes de su reposición.

Por ello nos parece muy mal que se obligue al aficionado a ir a una sesión de entre semana, (tal vez incompatible con algún otro compromiso) con el señuelo de que tiene una ocasión única de ver un film que le interesa; y luego echar esa misma película al cabo de pocos días. Poco serio ¿No les parece?

### Club de Interventoras

Como continuación de la fábrica, del taller de modistería o de la escuela, el cine permite gracias a la sabia disposición de abrigos en butacas vacías, y ello media hora antes del primer disco de Machín, que, cuando ya la función ha empezado, lleguen unas chicas retrasadillas, y no solamente ocupen aquellos asientos de tan peregrina manera reservados, sino que, además, se pongan a charlar con las que les guardaron sitio, y que todo el parloteo dure, — salvo intervalos de suspensión motivados por los besos que tienen lugar en la pantalla —, hasta el mismísimo último gemido de Machín, al terminarse lo que para ellas sí ha sido diversión absoluta. A costa de quien sea, naturalmente, que ello no tiene importancia alguna.

J. Vallverdú A.

# anclora

SAN FELIU DE GUIXOLS



27 DE NOVIEMBRE DE 1952

## «VERDAGUER» de S. J. Arbó

Uno quisiera, más que hacer la crítica de un libro, extenderse en comentarios sobre la vida que, en la obra, se nos sirve.

Por modesta que sea mi pluma, por cortos que sean mis conocimientos en torno al legado de anécdotas y vicisitudes relativas a Verdaguer, uno quisiera dejar oír su voz, edificar su criterio sobre las mil voces y las mil opiniones, que en honda suficiencia reclaman el rubricado de su veredicto. Cada comentarista rompe su lanza en aras de la más pura objetividad y presentan asertos, pruebas más o menos viables, para que no pueda ponerse en duda sus asépticas conclusiones. No obstante, ni dos voces se ponen de acuerdo!

La mía, se alzaría, en intuiciones, en un vuelo de la imaginación, trascendiendo hechos y anécdotas; y otra opinión de Mossén Cinto, la menos autorizada de todas, la más indefensa a las exigencias de una científica verosimilitud, engrosaría el haz existente.

No; no podría escribir yo, en ningún prólogo, en ninguna portada, que mi opinión fuera objetiva. El más rabioso subjetivismo presidiría mi obra; mi Verdaguer sería simplemente intuitivo como hombre, sentido como poeta y reverenciado como sacerdote. Sería por ello menos o más real?

Quizá mi ensayo sería motejado de fantasioso; probablemente.



por L. D'ANDRAITX

En qué se funda.. ¿Dónde se apoya...?, —me preguntarían—. Y no sería razón de peso argüir que me habría apoyado en la intuición, en la imaginación, en la misma intuición e imaginación que se sirve uno cada día para conocer sin pruebas al amigo o al enemigo, al justiciero o al traidor, que viven en el mismo predio de nuestra existencia, bajo el gris uniforme de una careta de hombre.

Arbó, como cada comentarista de Verdaguer, quema también incienso en el altar de un insondable objetivismo.

Bien por el intento; aunque, en último término, sea siempre el subjetivismo el que doble la balanza, en los momentos decisivos.

Bien por su obra ágil y amena, por la donosura de sus frases, por su acierto de ambientación!

Justo y magnífico en el enjuiciamiento del poeta; juicio centrado en una vieja frase de Menéndez y Pelayo al resumir su opinión sobre la Atlántida: «Ante un poeta como Verdaguer la crítica de pormenor calla. Sólo nos queda aliento para leer, admirar y bendecir a Dios que tal maravilla se escribiera en una lengua española...»

Arbó se mueve seguro y brillante hasta la página 350. A partir de esta página, previa excusa del autor por el tono que irá adquiriendo la biografía, en vez de darnos Arbó la síntesis extraída de los documentos consultados, se complace en un minucioso relato, sobrecargado de insinuaciones, de expresiones dubitativas y de semi-veldas defensas, que recordarían más el chisme que la anécdota a no ser por la reproducción de fragmentos de cartas y notas, que, elegidas con o sin acierto, sostienen por lo menos el rigor de una autenticidad en un mundo de pesadilla. Documentos que, a mi entender debieron ser glosados por el biógrafo bajo su justo criterio, pues su detallada exposición no parece tener otro objeto para

Arbó que adoptar la desagradable actitud de un nuevo Pilato.

«Y viendo Pilato que nada adelantaba, antes se hacía más alboroto, tomando agua se lavó las manos delante del pueblo diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; veréislo vosotros». San Mateo, 27 - 24.

A fuerza de objetividad acababa abortando cualquier juicio.

S. Juan Arbó emite el suyo, en la primera mitad de la obra, en cuanto al poeta, al valor lírico y épico de la obra, de Verdaguer. Sigue al poeta, en su gestar, busca paralelos entre un sentir y su proyección ordenada, da con la ley causa-efecto; y es un bello acierto, en esta parte del libro, intercalar las estrofas más características de los diferentes poemas de Mossén Cinto.

En la segunda mitad, más hondamente metida en la vida de Verdaguer, en su desgraciado y discutido período, vacila la pluma de Arbó, no se atreve ya a las categóricas conclusiones, que campean en los primeros capítulos, —por ejemplo la de su no vocación auténtica al sacerdocio—, sinó que da, presenta datos para que el lector juzgue lo que se le prometió ser revisado y juzgado. No obstante esa pauta, ese ritmo, y quizá gracias a él, ofrece al lector una clarísima visión del camino de amarguras que tuvo que recorrer Verdaguer en los últimos años de su existencia; junto con el tímido aserto de la ingenuidad buena fé y bondad cierta que adornaban el alma de aquel gran poeta, que Menéndez y Pelayo colocara al lado de Tennyson, Carducci y Mistral.

Si del fondo de la obra uno se ha atrevido a la crítica, no osaría hacerlo con la bella forma de expresión, con la recia valía de escritor, que demuestra una vez más Sebastián Juan Arbó con este nuevo libro. Volumen digno de la mejor biblioteca.

## Créalo o no, así anda el mundo



Dice la tonadilla popular, que

este mundo es un fandango y que es tonto quien no lo baila.

De todos modos cabe reconocer que de refranes hay muchos y para todos los gustos, Y que no siempre puede uno avenirse a entrar en el fandango, sobretudo cuando de la vida nos precia tener un concepto algo menos fandanguero.

Tanto más alto está el castillo, más sueña a violón cualquier nota discordante. Por eso los varones sesudos evitan siempre que las barbar se enrosquen a sus piernas a fin de soslayar el tropezón de un ridículo.

Este mundo, en verdad, es tan diverso, como compleja y amena la variedad de los entes y personajes que en él se mueven.

Mientras unos, verbigracia, trabajan — y no

a la fuerza como muchos, sino a lo olímpico como pocos— otros pueden, por ejemplo permitirse el lujo de poner trabas al carro y por la sencilla razón de que éste en sus andanzas compromete seriamente la falsa posición de los eternos aparcados.

Que incluso en eso del andar hay, como saben ustedes, peatones para todos los gustos. Desde el que ni va ni viene de parte alguna, a los que realmente transitan en prestación continuada de servicio, existe toda una gama muy rica y muy a tono con el particular concepto de entender la vida y que va desde el fátuo que presume de vivirla al que sólo aspira a saber sobrellevarla.

¿Sermón o sintonía? Tome paciencia el lector por sí, como nosotros, tiene alguna vez que gastarla por arrobos.

POL